

Dice que no regresó y, eso, entre tantas mentiras y tanto como inventa sin saber ni para qué ni adónde vaya a conducirlo, pudiera por una vez en la vida ser verdad o, por lo menos, serlo en parte; lo sabemos porque ha llegado pronto, más pronto de lo habitual y, sin cenar ni cambiarse la ropa de la calle, se ha encerrado. En su despacho, sí; y no ha puesto la radio.

Pone la radio cuando quiere ahogar el silencio que producen las teclas cuando las mira fumando, cigarrillo tras cigarrillo, sin resolverse a teclear...

Pero esta noche no ha puesto la radio y ni siquiera ha ido (que es lo primero que hace siempre) a mirar si al canario le estaba faltando alpiste o agua.

Llevaba un rato, poco, allí cuando habría debido a lo mejor sonar el teléfono porque él, como si lo atendiera, ha pronunciado frases aisladas, vocablos sueltos como *cuándo* o *pingüino* y que de verdad se sentía del todo constern... *pero, en fin, ya qué importa* y, un poquito separado en el tiempo, que casualmente, en la mesa de al lado; la chica había desenvuelto un regalo y lo había dejado allí, un poco roto pero, como era bastante grande *porque, dijo, yo sé la ilusión que él tenía* le pidió que se lo diese; y que la chica había dicho que bueno y que, *una cosa así*, era bastante difícil de conseguir *aunque, otra vez, ya qué importa*.

Luego ha soltado una carcajada y dicho *no me jodas* y que por qué iba a ser y, eso tendría que estar siendo la despedida, que *a la mierda*.

*Y pues porque no soy Dios* y que – con la particularidad de que en el despacho nunca ha habido teléfono – *si ha sido tu error o tu capricho allá tú pero conmigo no cuentas*.

Luego ha salido y se ha marchado a la habitación y se ha tumbado en la cama y allí ha estado, mirando al techo vestido pero sin zapatos y el codo detrás de la cabeza silbando; cuando iba ya a apagar la luz la ha echado un poquito hacia atrás y, al crucifijo, *buenas noches y recuerdos a tu mamá*.

La puerta del despacho la ha dejado abierta, así que a ver mañana...

El canario agua tiene, pero muy poco alpiste y nosotras no podemos remediarlo y sí sólo sufrirlo, esperar, con un nudo en la garganta, a que se dé cuenta antes de que sea demasiado tarde y evitarse, así, o evitarnos, el trago tan amargo de tener que relatar un desenlace doloroso o – casi más amargo aún – no mencionarlo siquiera porque “la vida sigue” y, si va a estar uno (o una) prestando atención y deteniéndose en circunstancias tan irrelevantes, se corre el peligro de “estar en otra cosa” cuando se debiera estar, todo ojos y oídos, presto o presta a dar noticia puntual de hechos en verdad cruciales de la vida, de la existencia, del devenir, de...

Mira, hemos cogido carrerilla y no se nos ocurre ningún *de qué* más; que nos pasa con frecuencia cuando nos obsesionamos y, de la mano de un desmesurado afán perfeccionista o de un irrefrenable deseo de protagonismo, seguimos y seguimos narrando, dando voz (por llamarlo de algún modo), plasmando negro sobre blanco o en cualquier otro color todo cuanto acontece cuando, quién sabe, tantas veces resultaría tanto más elocuente el callar...

Los silencios: sí.

Nadie lo hace. Es verdad.

Nadie tiene el valor, la valentía, de mostrar cuatro, o cinco, o diecisiete páginas en blanco entre la veintitrés y la veintiocho o la veintinueve o entre la doscientos cuarenta y cinco y la doscientos sesenta y tres. Páginas mudas dando fe y dejando constancia de ensimismamientos de palabras cavilosas, cejjuntas, que no encontrándonos a nosotras mismas preferimos – “preferiríamos”, en un alarde de honradez que se nos niega – dejarnos morir de inanición en el olvido antes que decir cualquier tontería o incurrir en contradicciones del todo ridículas...

“Se produjo un largo silencio”.

¿Quién no ha leído esa frase alguna vez?

Cinco palabras breves sobre las que la vista pasa en apenas una fracción de segundo para de inmediato seguir, continuar como si nada con el párrafo siguiente...

¿Qué credibilidad puede darse a unas palabras que mienten con semejante desfachatez?

¿Cuál es en tal caso el sentido – nos preguntamos – de la vida?

¿Cuál el *para qué* de nuestro existir?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Como es la primera vez que hacemos este experimento no nos hemos atrevido — no sabríamos precisar si por no abusar de la paciencia del lector o por miedo a que se ceben en nuestras carnes magras los buitres del olvido (mera sofística, pero queda elegante, ¿verdad?) — a distanciarnos de las otras, las de más arriba, en las propugnadas diecisiete páginas. (Nota de Las Palabras).